

pre: antes se abría sólo a ciudadanos de moral intachable. Útiles de ciencia se alinean en las vitrinas y, en la azotea, hubo un observatorio creado a inspiración de los que el Siglo de las Luces expandió por Francia. La polución lumínica urbana –sáquenle punta al dato– fue el motivo por el que a principios del siglo pasado se creó el Observatori Fabra, en el Tibidabo.

Cuando en el Quijote se dice “Barcelona, hospital de pobres”, la expresión se suele tomar con voluntad displicente, pero hay que interiorizarla sabiendo lo que era un hospital en la Edad Media: un lugar asistencial en las últimas horas, ni curativo ni apenas paliativo, y cuya mera existencia ya era inusual. Estamos cerca del Institut d'Estudis Catalans y la Biblioteca de Catalunya, donde vemos una copia de la ficha de ingreso hospitalario de Rafael Casanova en septiembre de 1714 (si bien hay la teoría de que se ingresó a un sosias) y numerosas fotos en blanco y negro con largas hileras de camas donde ahora hay estante-

El itinerario cambia el lenguaje científico abstracto por un plácido paseo matinal colmado de anécdotas y de apuntes científicos

rias, anaqueles y libros. Afuera, *el corrallet*, veinte metros cuadrados de piedra anodina, una suerte de desencaje arquitectónico entre edificios nobles donde Picasso tomaba apuntes de los restos de cuerpos diseccionados.

Los cargaban desde la Reial Acadèmia de Cirurgia, fundada en 1770 y que marca el inicio de la ciencia médica, justo cuando la célula se torna visible. La marmórea mesa de autopsias centra el anfiteatro. Fue en el siglo XVI cuando por primera vez un médico se bajó de la cátedra para diseccionar un cuerpo, lo que se generaliza hasta llegar a la Ilustración. Más arriba de las gradas, unos

palcos con mirillas servían para que monjas dedicadas al día a día curativo o patricios con curiosidad vieran sin ser vistos. De pronto, entra un individuo (curiosamente parecido al espontáneo de Portaferriça, me temo) con una peluca de época, levita bordada y zapatos de hebilla dieciochesca, que nos explica la división en su época entre médicos y cirujanos, lee el juramento hipocrático y, antes de salir, bromea sobre si alguien se presta a entender sin lagunas qué es una vivisección.

Frente marítimo siglo XXI

En su último tramo, un elegante hiato orna el diseño del *Itinerari*. Si en esencia la ruta se mueve a lado y lado de la Rambla, el último punto está en el frente marítimo; si el arco temporal acoge sobre todo desde la Baja Edad Media hasta el siglo XVIII, ahora saltamos al siglo XXI. Al salir de la Biblioteca de Sant Pau i Santa Creu (lugar de inscripción de la ronda y en que ojeamos los libros científicos recomendados para este

de Palau, en 1851, se tomó la primera foto en la Península, y comentamos el factor suerte –esencial en ciencia– tras hablar de Daguerre, que descubrió el daguerrotipo al descuidar placas de metal cerca de un termómetro, por eso del mercurio.

El último papel del actor Òscar García (tras las interpretaciones de barcelonés despistado, médico del siglo XVIII y Vane, la azafata descacharrante) sagazmente no explota la vis cómica, al contrario. En una sala donde tomamos asiento –molice ideal tras la ruta–, mientras vemos un vídeo del edificio y sus actividades, aparece con una bata blanca, se presenta como investigador y explica un caso de transmisión genética hepática que él y sus colegas están analizando. Buen uso del espectáculo al servicio de la cultura, la disertación imposita apostrofa, de modo concreto y práctico, los datos generales de Núria, en este caso sobre plegar la investigación médica a su aplicación inmediata en el Hospital del Mar, lo que sugiere un paralelismo con lo sabido de los edificios y la historia del Hospital de la Santa Creu i Sant Pau.

El Parc de Recerca Biomèdica de Barcelona acoge investigaciones médicas avanzadas. La medicina se alía con la informática para ramificarse en genómica, nanotecnología, proteómica... abanico de disciplinas que pueden amilantar al más pintado. Ni que decir que Barcelona Ciència salva un escollo de comunicación con el público aprovechando la ecléctica y divulgativa propuesta del *Itinerari*, una actividad que cambia el lenguaje científico abstracto, las áreas de conocimiento archiespecializadas, por un plácido paseo matinal de tres horas y media colmado de anécdotas y apuntes científicos –su inserción en usos sociales, económicos y culturales a lo largo de los siglos– por el centro histórico de Barcelona. |

01 El actor en una de sus primeras intervenciones a lo largo del itinerario, en la calle d'En Bot

02 La ruta en la calle Petritxol, frente a la placa que recuerda al ilustrado Francesc Salvà i Campillo

03 y 04 Vistas exterior e interior de la Reial Acadèmia d'Arts i Ciències en la Rambla, con el reloj que da la 'hora oficial' en la ciudad

05 Anfiteatro de la Reial Acadèmia de Cirurgia, con la marmórea mesa

para efectuar autopsias en el centro

06 Vista del edificio, inaugurado hace apenas un año, que acoge las instalaciones del Parc de Recerca Biomèdica

FOTOS ARCHIVO / INMA SAINZ DE BARANDA



> 06



> 05



> 02



> 03



> 04

Ataque subliminal

“Nos están engañando”, cantaban Polansky y El Ardor en los años 80, y la letra avisaba –no sin chufia– de las tretas subliminales, pero directas al cerebro, del marketing incipiente, hoy bien musculado.

También dentro de Barcelona Ciència 2007, la Setmana del Cervell acogió ‘La Barcelona Comercial’, ruta que ideó la Universitat Autònoma de Barcelona por el centro de la ciudad, exactamente desde la Catedral a otra catedral, El Corte Inglés, pasando por la calle Argenteria. En el punto de salida, se habló de la iglesia como la primera organización dispuesta a envolver todos los sentidos y activar áreas mentales con un propósito

deliberado (cada uno eligió cuál, según creencias). Éramos unos veinte, y antes de infiltrarnos en lo comercial estrictamente, repasamos los seis factores mentales que, en los primates, actúan en cualquier intercambio y que la mercadotecnia explota jugueteando ora con el inconsciente, ora con el pensamiento sofisticado. Tomamos varias tiendas. Nuestra entrada en tropel impresionó, más aún cuando olisqueamos empíricamente el incienso místico y manoseamos las etiquetas con precios humanitarios de Natura, escuchamos con ganas la música feroz de Desigual, que roza la amígdala orgásmica, y nos desviamos sin querer hacia la derecha nada más entrar en

En-Jabón-Arte... Esta visita –ataque para airear trapos sucios del mercadeo– generó expectación ciudadana, algunos preguntaron por el particular y las tiendas sumaron unos cuantos clientes. Vi a la dependienta de Kukuxumusu mirándose las uñas.

El supermercado de El Corte Inglés es el cenit de las técnicas comerciales anglosajonas. Aproximadamente se sabe el tiempo que uno pasa ahí, pero los relojes brillan por su invisibilidad, lo que hace pensar en ese reloj de Brossa, con cuatro agujas insólitas, de nombre Kembo. El dédalo de pasillos (hasta hallar las galletas Tosta Rica) es borgiano, aunque el argentino nunca estuviese ahí, y todo se confabula para

que, tras franquear la puerta, se produzca el efecto Ángel Exterminador. Los cultureros, nosotros, pasamos así la cola en la caja.

Desde el principio, los conocimientos de la guía Eva Loste estaban bastante asumidos por el grupo –productos a la altura de los ojos, música clásica en la sección Gourmet...–, lo que indica que, a la par que la neurociencia nos revela la parte misteriosa del hábito consumista, el racionalismo tenaz de la mercadotecnia y nuestro ejercicio consciente de libres consumidores –‘prosumers’– nos llevan por un camino que, como los carros de supermercado, se desvía sin razón

P. GUIXÀ